

LOS TOROS DEL SUB MARCOS

José Pérez de Lama
Fundación de Estudios Taurinos¹



P. D. Que, decidida sale al ruedo: sigo sin poder bajarme de la ceiba. La luna es un toro de plateada ornamenta y, con un par de afilados pitones, embiste al oriente. Yo pienso, no siendo guerrillero, torero fuera. Pretendo entonces tomar la noche como negro capote, pero tiene tantos agujeros seme-
jando estrellas que desisto de mi intento. Me quito del cuello el descolorido paliacate, ya más marrón que rojo, y lo despliego con una elegancia que ya quisiera Sánchez Mejías. Grillos y cocuyos llenan el tendido de sombra, el sol está vacío por obvias circunstancias. Yo me dirijo al centro de la plaza que, como es el centro de la copa de la ceiba, es más seguro y queda a unos pasos. Cito a la luna intentando una “media verónica”. La luna-toro se sigue de largo. Es inexplicable que no perciba a tan gallardo torero. Cito de nuevo, el público está impaciente y una martucha bosteza con fastidio. Nada, apenas una luciérnaga embiste zigzagueante. Un muletazo untado a la cintura no consigue arrancar del respetable nada que no sea el continuo aserrar de los grillos. El toro lunático sigue adelante sin voltear siquiera. Yo me siento en un rincón y suspiro con tristeza. Lo que es a mí, ni las mujeres ni las lunas me hacen caso...

Durito ha subido también a la copa de la ceiba, extrañado de mi tardanza. Tan pronto se acomoda, le informo rápidamente de la situación. *Durito* opina que es más fácil torear cometas, salen de

¹ Actualmente es colaborador honorario del Departamento de Historia, Teoría y Composición Arquitectónica de la Universidad de Sevilla.

donde menos se espera uno y son enjundiosos como toro de miura. La luna siempre tiende a un mismo derrotero y, aunque esto facilita el estoque final, no permite mucho lucimiento del traje de luces y el respetable tiende a aburrirse soberanamente...

Yo le doy la razón y la muleta. *Durito* quiere enseñarme unos pases que, dice, le enseñó Federico García Lorca. A mi pregunta de si los escarabajos también toreadan, *Durito* responde que uno debe saber de todo y que el toreo es como la política, aunque en ésta los toros salen bastante mañosos y traicioneros. "Es más, a mí me decían '*Durito* El Camborio' y lo que en otros no envidiaban, ya lo envidiaban en mí", dice. En esas estamos cuando escuchamos voces al pie de la ceiba. —Es woyo— dice Camilo. —No, es tejón, el "andasolo"— dice mi otro yo. —Mira si lo afocas para tirarle— instruye Camilo a mi otro yo mientras carga el arma.

Yo me quedo inmóvil, fumando. Mis lances toreriles deberán esperar, para mostrar su gracia, mejores ocasiones y públicos menos beligerantes. *Durito* suspira en tono flamenco pues no hay trigo en los tendidos. Abajo se aburren y se van...

La luna termina por embestir al horizonte, justo en la oscura muleta de la montaña.

De reojo mira la luna el Sub. El está enjugándose la cara con el capote. Ya no supe si lloraba... 4 de abril de 1995» (Subcomandante Marcos/ 1999/ Don *Durito* de la Lacandona: 30, 31).

¿Quiénes son estos pintorescos personajes? ¿Qué es este improbable cuento taurino?

Durito es un escarabajo intelectual, azote del neoliberalismo, héroe de damas y niños, que se cree Don Quijote de la Mancha y que es, además, aficionado a los toros. Es uno de los personajes de los escritos del subcomandante Marcos, el portavoz del EZLN. Camilo es otro de los comandantes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Marcos y los zapatistas aparecieron en la escena mundial un sorpresivo amanecer del primero de enero de 1994, cuando ocuparon, levantados en armas, muchos pueblos de Chiapas, en las montañas del sureste mexi-

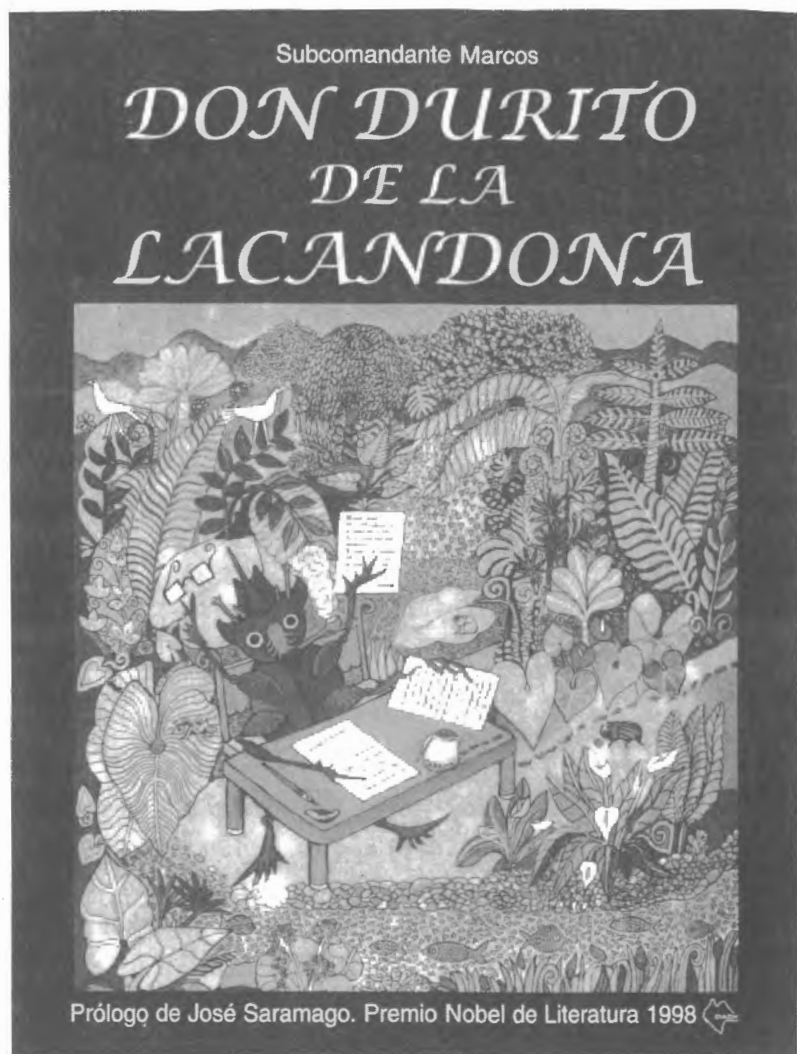


Fig. n.º 35.- Subcomandante Marcos: *Don Durito de la Lacandona*, prol. de J. Saramago, San Cristóbal de las Casas, CIACH, 1949.

cano, un Estado donde habita una mayoría de indígenas y también uno de los más pobres del país. Inmediatamente, los zapatistas captaron la atención de la sociedad civil por la novedad de su mensaje emancipador y su voz poética que se desmarcaban de la continuidad del discurso de la izquierda tradicional: «Los zapatistas no exigen el poder, pero sí el derecho y la razón: libertad, justicia, democracia... Todo para todos, nada para nosotros... Mandar obedeciendo». Y como explica Manuel Castells (1998), la existencia de la Red hizo posible que de inmediato su mensaje se hiciera global, y que el zapatismo se convirtiera en una lucha, antes que nada, mediática.

Efectivamente, desde el 12 de enero del 94 los zapatistas no volvieron a pegar un tiro. En sus propias palabras, decidieron hacerse agua, como la de la corriente que al cabo del tiempo acaba corroyendo la espada. Desde entonces no han parado de escribir: declaraciones, comunicados, cientos de cartas, poemas, canciones, interminables posdatas, y cuentos como éste de *Durito*, uno de los habituales en las historias de Marcos, con el Viejo Antonio, el caballo bayo o los niños Olivio y Jesipa, entre otros.

Como explica Armando Bartra, en el prólogo a los *Relatos del Viejo Antonio*, «todas las insurrecciones indígenas emplean voces inspiradoras que hablan por la comunidad: una santa, una piedra, una cruz» (Subcomandante Marcos, 1998: 10). En esta ocasión se trata de un misterioso enmascarado que, como Cervantes, se debate entre la espada y la pluma: el ingenioso hidalgo guerrillero subcomandante Marcos (Pérez de Lama, 2000: 14).

Tanta y tan nueva escritura ha hecho que el cataclismo generado en el mundo de las letras latinoamericanas haya



Fig. n.º 36.- Ilustración incluida en el libro *Don Durito de Lacandona*.

sido equivalente al que produjeron los zapatistas en la política y la sociedad. José Saramago prologa otro de sus libros, el titulado *Don Durito de la Lacandona*, en el que se recogen las aventuras del kafkiano escarabajito, que lo mismo se pasea por el D. F.² disfrazado de detective a lo Bogart, que prepara una lata de sardinas para lanzarse a la reconquista de Europa. Después de haber llamado a Marcos a lo largo del texto estudiante, profesor, comandante y comandante insurgente, el premio Nobel concluye el prólogo diciendo: «Gracias escritor Marcos» (Subcomandante Marcos, 1999: 8).

Para Armando Bartra «los comunicados, las posdatas y las historias de *Durito* son notables por su lenguaje como por sus palabras... Y se agradecen, sobre todo, por un humor que dinamita por dentro el tradicional discurso de la izquierda, solemne, vacuo y almidonado como pocos» (Subcomandante Marcos, 1998: 11) Es como el Sub explica cómo estar en contra de la ley de la gravedad.

Para Manuel Vázquez Montalbán, el portavoz de los zapatistas «es un maestro en el juego literario posmoderno de la utilización del collage y la intertextualidad entre dos culturas literarias, la indígena y la latinoamericana. Desgaza las metáforas indígenas o las de Lewis Carroll de *Alicia en el País de las Maravillas*» (1999: 209). Hermann Bellinghausen, corresponsal en Chiapas de *La Jornada*, el más prestigioso diario mexicano, explica a Vázquez Montalbán que esa forma de escribir de Marcos «irrita mucho a algunos escritores mexicanos. Su escritura está abierta a todas las referencias, pero no respeta escuelas. Les irrita su éxito

² Distrito Federal. En el país de México se denomina D.F a la capital

como escritor y que no renuncie a la función de panfletista. Hoy es el escritor de izquierda más apreciado, el más leído, al que más creen». Y para sugerir su sorprendente actitud ante la escritura cuenta Bellinghausen, «en plena huida se le ocurre escribir un bellissimo párrafo y de repente inscribe un soneto de Shakespeare, completo, en inglés» (Vázquez Montalbán: 210).

Octavio Paz llega a decir que *Durito* es una inversión memorable. (Gelman, 1999)

Y resulta que Don *Durito*, uno de los personajes destacados en esta revolución literaria, es además aficionado a los toros. Una presencia obligada, por tanto, en las páginas de esta revista.

Los toros en las cervantinas páginas de *Durito* aparecen al menos en las cuatro ocasiones que aquí se recogen. En los cuatro casos se trata de divergencias, del discurso zapatista; aparentes divergencias que en realidad constituyen la mayor parte de los escritos de Marcos. En estos fragmentos aparece lo taurino en virtud de su simbolismo y su poesía. Resulta interesante, y atractivo para los aficionados, que en el pensamiento izquierdista, ecologista e indigenista de Marcos aún haya lugar para los viejos valores taurinos.

Como Manuel Machado, nos cuenta el Sub en la primera historia, que no habiendo sido guerrillero le hubiera gustado ser un buen torero. Ambos oficios, quedan así hermanados para el escritor en lo que tienen de juego con la muerte, y en su carácter de lucha desigual del hombre contra la fuerza bruta e ilimitada, —en un caso del toro y en el otro del Leviatán—, con las armas de la inteligencia, el valor y el arte. Marcos sueña con torear a la luna en el campo, untán-

dose mulatazos a la cintura, como Juan Belmonte. Con Lorca, evoca la figura marginal y romántica del gitano, tra-sunto de los guerrilleros que se esconden subiéndose a las ceibas en las montañas de la Selva Lacandona.

Siguen pues los otros 3 fragmentos taurinos del Subco-mandante Marcos:

«P. D. Que explica cómo, antes del viaje de Durito, bajamos de la ceiba: Cuando Durito terminó de enseñar los pases, descubrió que él tampoco sabía como bajarse de la ceiba. Como siempre que no sabemos qué hacer, encendimos las pipas. Durito empezó a escuchar un zumbido a un lado de la ceiba y se le dio en imaginar que una nueva aventura se acercaba.

– ¡El sexto toro! Hora y lugar para escribir una brillante página en este copetudo ruedo! –*Durito* mientras camina al centro de la plaza. Yo recojo el clavel que amables ojos tapatíos me arrojaron al inicio de la corrida («correteada», dirá *Durito* luego). (Ya sé que el clavel lo mandaron el 19 de abril y que yo no lo recibí hasta el 23, pero yo puedo acomodar el clavel donde me dé la gana, después de todo es mi posdata).

– ¡ Eh escudero! Mirad de silbar un pasodoble y aprontad el ojo y la pluma, que lo que vais a ver bien merece una crónica taurina de ésas que, lo menos, son tan festivas como los prodigios que las inspiran –me ordena *Durito*– .

–Mira bien lo que haces, no vayan a ser avispas– le advierto, pero *Durito* cita al improbable toro. Nada. El desaire lo hace más temerario y empieza a arrojar ramitas al árbol de enfrente. El zumbido crece. La expectación aumenta en el respetable. Yo no alcanzo a describir la soberbia imagen. Torpe escudero y peor cronista, nada puedo escribir sobre la solitaria y desgarrada figura de *Durito* que ha abandonado el capote y ha conseguido dos ramitas, que me aclara a gritos, son banderillas. La luna, atónita, se ha detenido a observar el desenlace; un lechoso “Camino de Santiago”, pleno de luz arenosa, parte la noche expectante; incapaz de sostenerse por la tensión, una estrella se deja caer, desmayada, y traza una débil rayita en el moreno y nocturno rostro. *Durito* hace unas carreritas y cambios de paso, alza dos de sus manitas, las banderi-

llas centellean en lo alto. El zumbido se agrupa, ordena su zum-zum, se compacta y acerca. El tambor redobra una profecía. Un instante apenas...

Durito, de pronto, descompone su carrera de frente y, en forma por demás atropellada y antiestética, da media vuelta y corre hacia donde estoy con un grito:

– ¡Abejas!



Fig. n.º.37.– Ilustración del libro de SubMarcos, *Don Durito...*

Yo alcanzo a escribir: «El clarín tocó retirada», cuando *Durito* me pasa por encima y se cuelga de una trenza que la luna dejó a un lado de la ceiba. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, tiré la crónica taurina y el lapicero, y me lancé detrás de *Durito*. Abejas de las que llaman «extranjero» atacaron. No hubo muletazo ni nada que las detuviera. Me dejaron la cara con elefantiasis y, seguro, Camilo y mi otro yo, no pararán de correr hasta Guatemala.

Durito me consuela (él está intacto):

– ¡Bajamos! ¿No? Espero que habréis tenido cuidado de traer la crónica. Si no, deberéis subir por ella.

El dolor que siento me impide insultarlo...
(24 de mayo de 1995)»(Subcomandante Marcos, 1999: 44-45).

Extracto de Ojepse Le y Otirud² (La política, la odontología y la moral):

«(...) Hablando de noches, la de hoy luce los afilados cuernos de una luna-toro que, nueva, retorna del occidente. Sus nubes ahora están ausentes y, sin muleta que le ayude, la noche torea sola y en silencio. Sus ánimas no se arredran por la tormenta que se anuncia al oriente, y entre sus recursos luce tantos destellos como el traje del mejor torero³.

Y en ésas estaba yo, viendo si me lanzaba al quite aunque no hubiera trigo alguno en el tendido, cuando me detuvo la amplia sonrisa que, dibujada entre sus cuernos, me regalaba la luna. Diez veces pedí el indulto, y diez veces las estrellas me demandaron seguir la faena.

Entonces boté el escrito y me dirigí al centro del ruedo, pidiendo antes a *Durito* que tocara un pasodoble. El me dijo que mejor regresara a terminar la carta porque ya llevaba mucho tiempo sin acabarla y él, *Durito*, no pensaba ayudarme. Ni hablar, la corrida quedó pendiente y volví al escrito y al problema de la moral política. Las mil cabezas que la luz asomaba por entre el muro de la noche se agitaron apenas (...) 14 de enero de 1996» (Subcomandante Marcos, 1999: 103, 104.

Extracto de A la sociedad civil Nacional e Internacional y ,

P. D. Que polemiza: Permítanme hacerles un regalo, no una promesa ni una intención, una flor sí. Una flor roja. Roja no por la sangre y no por las ideas. Roja porque sí, porque no encontré otra. Roja porque es el color que pinta a la luna cuando se ruboriza, de llena cara, si se mira al espejo de la montaña y ella le devuelve, también, la imagen mejor de sí misma. Una flor roja que, viéndolo-

³ Durito y el Espejo, leído de atrás para adelante.

la bien, es también una promesa y una intención... Vale. Salud y que no le falten nunca ni agua ni esperanza a esa roja flor...

P.D. Que polemiza: *Durito* se ha mostrado entusiasmado con lo de la flor roja. Él propone un clavel que, además de taurino, se lleva bien con la caballería andante. Mi otro yo es más tradicional y se inclina por las rosas. Yo digo que a esa luna que florece allá arriba, no hay rosa ni clavel que la igualen, ni regalo más grande que aquel que, sin poseerlo, tenemos... 10 de febrero de 1996» (Subcomandante Marcos, 1999: 113, 114).

Bartra, de nuevo nos cuenta un mito tzotzil, —una de las principales etnias indígenas chiapanecas—, que dice: «El ladino se robó el libro. Engendrado por la cópula de un indio y una perra, el ladino resultó perverso y al nacer le arrebató a la comunidad la palabra escrita, el soporte simbólico del saber. A resultas de esta ratería originaria a los indios se les llama ignorantes y los ladinos se proclaman hombres de razón» (Subcomandante Marcos, 1998: 7). La escritura de los zapatistas supone el esfuerzo por devolver la palabra a los indígenas. Palabra que como se puede intuir a través de estas líneas, es nueva a la vez que vieja; cervantina, mestiza, desprejuiciada y, sin duda, llena de buen humor y esperanza.

Sevilla, enero del 2001

BIBLIOGRAFÍA

Castells, M. (1998): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2: El poder de la identidad*, Madrid, Alianza.

EZLN (con Antonio García de León, Elena Poniatowska y Carlos Monsiváis) (1994): *Documentos y Comunicados*, México D.F., Ediciones Era.

Pérez de Lama, José (2000): “Urbanismo anarquista: La nave de los locos”, en *Boletín FIDAS*, núm. 23, Sevilla, noviembre, Fundación para la Investigación y la Difusión de la Arquitectura.

Subcomandante Marcos (prólogo de Armando Bartra) (1998): *Relatos del Viejo Antonio*, San Cristóbal de las Casas, CIACH.

Subcomandante Marcos (prólogo José Saramago) (1999): *Don Durito de la Lacandona*, , San Cristóbal de las Casas, CIACH.

Vázquez Montalbán, Manuel (1999): *Marcos. El señor de los espejos*, Madrid, Ediciones El País.

